

Juan Muñoz: las miradas de un narrador de historias

Ricard Meneu

Juan Muñoz (Madrid 1953- Eivissa 2001) fue uno de los escultores más notables del último cuarto de siglo y sin duda el más relevante artista español de nuestros días. Entre los creadores que en las últimas décadas redescubrieron la figura en la escultura, Juan Muñoz destacó por su inteligente, irónico y reflexivo tratamiento de la presencia humana. Su preocupación por el tamaño y la escala, por la percepción del espacio y el flujo de las miradas, en la que la perspectiva, más allá de un mero artificio retórico, suponía la intervención del artista sobre la experiencia del espectador, hizo de él una *rara avis* no sólo en el panorama español, del que nunca formó realmente parte, sino en la escena internacional. Desde los años ochenta su personal repertorio de balcones, enanos, bailarinas, muñecos de ventrilocuo y tentetiesos varados introdujo inquietantes zonas de enigma en los más destacados espacios públicos del arte actual.

Tras un largo proceso de formación, inició tarde su meteórica carrera como escultor. Su primera exposición individual en 1984 mostró en la Galería de Fernando Vijande obras que tomaban la forma de elementos arquitectónicos como balconadas, torres o escaleras, sugiriendo una presencia humana que, con los años, se haría progresivamente explícita. Tras algunas exposiciones europeas, comienza su inmediato reconocimiento internacional: participación en el Aperto 86 de la XLII Bienal de Venecia, inclusión en la celebrada exposición del Beaubourg «Magiciens de la Terre» (1989) y colaboración con los más prestigiosos centros de distribución artística, como las galerías Lisson, Konrad Fischer o Marian Goodman. Y de ahí a la Documenta de Kassel (1992 y 2002), de nuevo a la Biennale (1997), el DIA Center for the Arts de Nueva York (1996) (<http://www.diacenter.org/exhibs/munoz/munoz.html>), o, la que lamentablemente fue su última gran obra, «Double bind», la pieza que creó para el descomunal espacio de la sala de turbinas donde se ubica la Tate Modern Gallery londinense (<http://www.unilever.com/ta/exhibition.html>).

«Double bind» presentaba dos niveles de visión desde los que podían atisbarse fragmentos de lo que habitaba sus intersticios. Desde la balconada de un puente de servicio podía otearse el plano superior, una vasta superficie gris horadada por una veintena de agujeros cuadrados, algunos realmente practicados y otros falseados mediante un suelo óptico. A través de dos de los verdaderos ascendían y descendían con distinta lentitud sendos ascensores vacíos. La visita al nivel inferior, con el aspecto neutro de un parking o un loft, permitía apreciar la organización humana del espacio habitado entre ambos. En algunos huecos se veían persianas cerradas, compresores de aire acondicionado o galerías desiertas, mientras por otros asomaban figuras que miraban al vacío, recogían telas, observaban burlonas al espectador atónito o jugaban a las cartas en la penumbra. Juan Muñoz afrontó el encargo como una oportunidad de asombrar. El reconocimiento prácticamente unánime alcanzado por la que se ha convertido en el epílogo de toda su obra demuestra su logro.

La entrevista que aquí se publica, una conversación con su amigo y comisario de «Double bind» James Linwood, es una reflexión sobre su obra articulada alrededor de esa gran pieza. Los catálogos de las muestras de Juan Muñoz, concebidos a menudo como obras autónomas vinculadas a la expo-

sición, recogen en ocasiones un coloquio con el artista. Al igual que en sus «*conversation pieces*», los personajes pueden mostrar una relación entre sí o ser indiferentes, pero siempre crean tensión en el espacio que hay entre ellas. Aunque gustaba dar la impresión de ser un gangster en lo que llamaba los *killing fields* del arte contemporáneo, Juan Muñoz era un conversador atento, polemista infatigable, valiente en sus declaraciones públicas, leal y generoso en el reconocimiento del talento ajeno, realmente interesado por las visiones de su interlocutor. De sus conversaciones surgieron múltiples proyectos en colaboración como las obras musicales creadas con Gavin Bryars, los programas radiofónicos con John Berger, o la pieza para la última Documenta realizada junto a Alberto Iglesias y John Malkovich

Artista erudito, energético, con un omnívora curiosidad vital, su obra buscó conectar los lenguajes de la escultura con la experiencia de la condición humana, la historia, lo que él denominaba «la casa de la memoria». Una casa quizá tan ilusoria como la relatada en su texto «Segment»^①, en la que los indios de ese apócrifo relato etnográfico adoptaban una actitud similar a la que Juan Muñoz empleaba a menudo para describir la experiencia de la creación: «un hombre en una habitación esperando nada». Como escribió en 1985 a propósito de Kounellis «su escultura, más allá de su aparente epifanía del misterio, es en si misma extrañeza»^②.

① Juan Muñoz, *Segment* (Ginebra: Centre d'art Contemporain and The Renaissance Society at the University of Chicago, 1990).

② Juan Muñoz, *De la luminosa opacidad de los signos. Borromini - Kounellis*, Figura, nº 6, Sevilla, 1986, pp. 94-95.

